

## **RECENSIONES**



## ***EL MEDIO AGRARIO ANDALUZ ANTE LA LLEGADA DEL LIBERALISMO: LAS REVOLUCIONES DE 1835 Y 1836 EN ANTEQUERA***

ANTONIO JESÚS PINTO TORTOSA  
ANTEQUERA, AYUNTAMIENTO DE ANTEQUERA, 2009, 134 PÁGS.

Este libro fue en su día el trabajo de investigación que presentó su autor en el Máster de Estudios Hispánicos de la Universidad de Cádiz y que obtuvo la máxima calificación por la comisión científica que lo juzgó.

Como se explica en la presentación del mismo, el objetivo de la investigación fue el análisis de la vida política de Antequera en el conflictivo bienio de 1835 y 1836, con especial atención a los cambios que se producen en la composición del Ayuntamiento de la ciudad, situándolos en el contexto político nacional, que una y otra vez aparece como trasfondo del estudio.

A comienzos de los años treinta del siglo XIX, Antequera era –como hoy– el centro de una de las comarcas agrícolas más importantes de Andalucía, con cerca de veinte mil habitantes, pero con la novedad de que fue en aquella época cuando vio nacer un relevante foco industrial textil lanero, gracias a la construcción de fábricas como la de los hermanos Moreno o la que impulsa Vicente Robledo Castilla, uno de los personajes más importantes de la población y que ya aparecía, a finales de 1833, formando parte de la primera Corporación local que era elegida, después de las casi dos décadas de absolutismo.

Antonio Pinto detalla a continuación cómo se vive la ciudad la revolución política que en el verano de 1835 derriba al gobierno del conde de Toreno y señala que el de Antequera fue el único Ayuntamiento de la provincia de Málaga en el que a consecuencia de la misma se asiste a la reposición en sus cargos de todos los miembros que formaron parte del último cabildo constitucional de 1823, siendo presidido por el aristócrata conde de la Camorra. Sin embargo, lo más novedoso de este cambio político

era que en esta Corporación municipal antequerana estaban ya representados todos los sectores sociales que conformaban lo que podríamos ya llamar la élite política local: la nobleza, la burguesía agraria, la burguesía comercial y otros grupos burgueses más modestos. Una presencia de la aristocracia en los órganos de poder del nuevo régimen liberal que Antonio Jesús Pinto considera de carácter circunstancial y que sólo se explicaba por su intención de querer reconducir el cambio político que se había abierto, porque podía poner en peligro sus privilegiados intereses socioeconómicos.

No menos significativo sociológicamente fue el Ayuntamiento elegido a finales de 1835, puesto que va a provocar que personajes como Diego Moreno, que representaban a la burguesía comercial e industrial ascendente, desplazaran a la aristocracia local de las antiguas posiciones de dominio político que ésta había mantenido y que seguiría conservando todavía algún tiempo, gracias la legislación electoral restrictiva que se puso en vigor.

Contra este liberalismo oligárquico que quería imponer la Reina Regente y su camarilla cortesana se produjo la revuelta de los sargentos de La Granja en el verano de 1836 y que también tuvo repercusiones en Antequera, porque no sólo restauró por unos meses la Constitución de 1812, sino también la legislación electoral de los años del Trienio, como la ley electoral de 1823, más abierta y participativa.

El análisis de los cambios políticos que se dan en Antequera entre 1835 y 1836, según Antonio Jesús Pinto, nos permite extraer algunas conclusiones. En primer lugar, que la nobleza siguió manteniendo una notable presencia en los órganos locales de poder. Sin embargo, mientras que en el Antiguo Régimen ésta se había sostenido sobre la compra de los cargos municipales y su transmisión por herencia, ahora, en los inicios del Nuevo Régimen el acceso al poder municipal tenía que hacerse por la vía electiva. Por otra parte, es perceptible también el acceso al Ayuntamiento de la gran burguesía agraria e industrial que se estaba formando en la localidad, al calor de las compras efectuadas en las desamortizaciones. Por tanto, en el debate abierto en la historiografía española acerca de cómo tiene lugar este proceso revolucionario, Antonio Jesús Pinto comparte los planteamientos conocidos de Irene Castells, sobre la necesidad de diferenciar los conceptos de revolución burguesa y revolución liberal, siendo esta última la que explicaría lo ocurrido en Antequera entre 1835 y 1836. Estamos pues, ante un libro novedoso, que aporta un nuevo punto de vista al estudio de las élites locales de la Andalucía contemporánea, que se completa con unas buenas ilustraciones y un interesante apéndice documental, enriqueciendo notablemente el conjunto de la investigación.

Diego Caro Cancela  
Universidad de Cádiz

---

## ***COMBATTRE. UNE ANTHROPOLOGIE HISTORIQUE DE LA GUERRE MODERNE (XIXE-XXIE SIÈCLE)***

**STÉPHANE AUDOIN-ROUZEAU**  
**PARIS, ÉDITIONS DU SEUIL, 2008, 330 PÁGS.**

Ya es un lugar común cuando se toma el pulso a la historiografía española sobre el siglo XX mencionar la conveniencia de afianzar nuevas perspectivas epistemológicas, concretamente las ofrecidas por la historia cultural, al estudio de la guerra civil y, por derivación, del franquismo. La consolidada trayectoria francesa (y anglosajona) en la renovación bajo parámetros culturales de los estudios sobre los fenómenos bélicos del siglo XX, particularmente la Primera Guerra Mundial, se exhibe como modelo a seguir; del mismo modo que son importadas a nuestros terrenos de trabajo nociones forjadas en aquellos entornos académicos, tales como la «cultura de guerra» o la «brutalización», a pesar de que en ocasiones todavía carezcamos aquí de las suficientes investigaciones monográficas que aporten el necesario contenido empírico a dichos conceptos. De hecho, dentro de ese nuevo continente «cultural» descubierto en los últimos lustros, perduran, también para los historiadores de más allá de nuestras fronteras, territorios en gran medida por explorar. Es éste el caso del tema de la actividad combatiente que, como parte de una más amplia y compleja experiencia de guerra, no ha sido de excesivo interés por parte de las ciencias humanas y sociales hasta fechas muy recientes, a pesar de que la vivencia de combatir constituyese un elemento central en el curso de millones de vidas occidentales durante la primera mitad del siglo XX, incluyendo por supuesto las españolas. Si la guerra permanece en la conciencia y la memoria de nuestras sociedades, de manera imperiosa a veces, en las generaciones recientes cada vez resulta mayor la sensación de otredad que nos crea el hecho bélico, sensación agravada por la carencia de utillajes intelectuales para comprenderlo (pp. 10, 17).

Es de esta constatación de donde surge el esfuerzo teórico de Stéphane Audoin-Rouzeau que aquí presentamos. El historiador francés, miembro de primera línea del

grupo de investigadores del Historial de la Gran Guerra (Peronne) artífices del giro culturalista de los estudios sobre la Gran Guerra en el hexágono, y coautor, junto a Annette Becker, de la obra catalizadora más emblemática de tal renovación historiográfica (14-18. *Retrouver la Guerre*, Gallimard, 2000), plantea una ambiciosa vía analítica para el entendimiento del fenómeno bélico en su actividad más esencial y más opaca, el combate. La empresa asume el diálogo entre dos disciplinas de convivencia no siempre idílica, la antropología y la historia, aspirando a contestar preguntas profundas en torno a los misterios que esconde la actividad armada moderna, particularmente respecto a la puesta en práctica de la violencia, lo que conduciría, en caso de éxito, a un conocimiento más preciso de la naturaleza de la sociedad y del ser humano.

El combate como objeto de estudio, pues, se propone en este libro, que dedicará la mayor parte de sus páginas (especialmente el capítulo segundo) a cartografiar exhaustivamente los precedentes legados por los científicos sociales interesados o inmersos en fenómenos bélicos desde la antropología y la historiografía. Un tema de investigación, la violencia de guerra, que de inmediato se revela moral y epistemológicamente problemático, como demuestran, por un lado, la diversidad de exégesis, justificaciones y disculpas enarboladas por los estudiosos que lo han elegido y abordado, y por otro la elusión, represión o negación del mismo que otros realizan. Exponente de esto último es el ejemplo del sociólogo judeo-alemán Norbert Elias, cuya teoría de la civilización subestimó enormemente los acontecimientos bélicos mundiales del siglo XX, que amenazan con invalidar su interpretación y que, como demuestra Audoin-Rouzeau, supusieron una repetida y traumática vivencia personal de Elias. Reuniendo en el segundo capítulo a aquellos antropólogos e historiadores que tuvieron que participar en los enfrentamientos bélicos de ambas guerras mundiales, Audoin-Rouzeau nos descubre, en adición, cómo ni antropólogos como Marcel Mauss, Edward Evans-Pritchard o Edmund Leach, ni historiadores como Richard Tawney o Pierre Renouvin, objetivaron su propia experiencia de combate mediante las herramientas teóricas propias de su profesión, quedando muy reducidos y casi anecdóticos dentro del conjunto de sus obras los pasajes en que recurrieron a la descripción de la vivencia bélica propia.

Ese silencio general que, quizá no lo recalca Audoin-Rouzeau suficientemente, flotó durante décadas entre montañas de libros de memorias combatientes que sí describían desde la subjetividad las experiencias de combate, puede resultar chocante en el caso del francés Renouvin, un historiador especializado precisamente en la historia de la Gran Guerra. Con todo, es fácilmente comprensible que conociendo la pretensión de aséptica objetividad que perseguía la antropología, y la centralidad del empirismo documental y los aspectos diplomáticos y políticos en la historiografía de la primera mitad del siglo XX, no se diera entre aquellos hombres la ocasión de aplicar un ojo crítico a la experiencia de guerra vivida. De este panorama escaparían, eso sí, algunos de los inteligentes escritos de Marc Bloch tras sus dos experiencias bélicas. No es casual que fuera el artífice de la escuela de *Annales* quien por primera vez, en un célebre artículo de 1921 reflexionara sobre un fenómeno de dimensión cultural ocurrido en los frentes de la Primera Guerra Mundial (las *fausses nouvelles* surgidas en el frente), anticipando así temáticas de estudio sólo retomadas por los historiadores setenta años después. No obstante, únicamente tras la derrota francesa de 1940 Marc Bloch volvería a escribir acerca de la experiencia de combate, apoyándose en su percepción personal, legando

---

valiosos pasajes interpretativos de la guerra moderna en *L'Étrange Défaite* (hay traducción española, *La extraña derrota*, Crítica, 2002). En definitiva y en conjunto, el «silencio» (p. 163) de aquellos eruditos contemporáneos sobre las prácticas de violencia en combate fue predominante. Si no se hubiera dado éste, nuestro desconocimiento acerca de los aspectos antropológicos de la actividad combatiente moderna sería hoy menor; pero no cabe reprochar a los antiguos científicos sociales que no se plantearan las preguntas acerca del combate que nos hacemos ahora, desde el presente, desde una perspectiva generacional muy alejada del conocimiento bélico directo. Es la ignorancia, paradójicamente, lo que permite a los investigadores *ver* tal cuestión y reparar en su importancia, planteándose nuevas cuestiones (p. 167).

En el capítulo tercero de *Combattre* Audoin-Rouzeau realiza una exploración de las diversas utilidades de la antropología en la historia de los fenómenos bélicos y del combate, con el objetivo de discernir las limitaciones de los enfoques que sucesivamente nos va presentando. En primer lugar, son chequeadas las investigaciones, añejas y recientes, acerca de la «guerra primitiva» y de la violencia en sociedades prehistóricas, que han tendido a establecer comparaciones, a veces demasiado aventuradas, con la guerra del mundo moderno. Esa misma intención comparativa se halla, por otro lado, en los trabajos del historiador británico John Keegan, basados en la premisa de que «la guerra es, primeramente, un acto cultural», idea suscrita plenamente por Audoin-Rouzeau (p. 188). Keegan estudia, muy de cerca, los comportamientos humanos en el campo de batalla con una perspectiva antropológica transversal que atraviesa y compara diversas épocas históricas, del neolítico a la guerra del Golfo. Un precedente de éstos estudios constituirían, según Audoin-Rouzeau, los escritos realizados por un autor militar de mediados del siglo XIX, Ardant du Picq, que ya introdujo la cuestión de la corporeidad y los elementos psicológicos de los soldados en acción, en sus estudios sobre las experiencias bélicas de la década de 1860. Después, dando un salto cronológico, Audoin-Rouzeau alcanza a comentar recientes trabajos de investigación antropológica, realizados sobre el terreno a veces, sobre las experiencias de guerra más actuales (ex Yugoslavia, Ruanda) que se han centrado en la violencia ejercida contra los civiles sin estudiar la experiencia combatiente en sí. Por el contrario, resulta curioso que en este recorrido Audoin-Rouzeau ignore el trabajo magistral de Eric J. Leed (*No Man's Land*, Cambridge, 1979) que aplicó teorías antropológicas al estudio de la experiencia de combate como forja identitaria de los soldados de la Primera Guerra Mundial, y cuya crítica podría haber enriquecido el capítulo. Aun así, lo realizado permite a Audoin-Rouzeau identificar las dificultades existentes en la interlocución entre antropología e historia en estas materias. El cruce de ambas disciplinas no deja de resultar problemático, constata el autor, pues es extremadamente complicado (incluso confuso, añadiríamos) congeniar la extrema variabilidad histórica de la actividad bélica con los elementos antropológicos universales que se repiten constantemente en todos los fenómenos bélicos desde la prehistoria hasta nuestros días (la indispensable diferenciación nosotros/ellos, por ejemplo). La reflexión teórica, la crítica de los diferentes intentos de aplicación de la «lección antropológica» a la historia del combate ocupa, pues, el núcleo de la obra de Audoin-Rouzeau, aflorando las limitaciones y complicaciones que se interponen a los nobles objetivos gnoseológicos.

En su cuarto y último capítulo, sin embargo, el autor se aventura a realizar, por él mismo, una antropología histórica del fenómeno guerrero contemporáneo y de la vio-

lencia de combate, centrada en la cuestión de la corporeidad (*physicalité*) del mismo. Se plantea así una historia del cuerpo humano en la guerra moderna, que no ignora el entorno físico que rodea al combatiente. Consecutivamente, Audoin-Rouzeau aborda, entre otros, temas como la interacción física de los combatientes con la geografía de los campos de batalla, la función de los artefactos de la actividad combatiente (en especial las armas y su relación íntima con el soldado, pero también los uniformes), la cambiante función del cuerpo de los animales y las máquinas en el combate moderno, las percepciones del físico del propio individuo combatiente, así como de los cuerpos del enemigo y las «manipulaciones» que se ejercen sobre éstos (en lo cual cabe integrar la espinosa cuestión de las «atrocidades» de guerra), etc. Toda una diversidad de temáticas comprensibles en el marco heurístico antropológico, accesibles a través de fuentes «aras de suelo» trabajadas por el autor, verbigracia la fotografía de guerra, que suscitan, de su mano, innumerables preguntas que merecen mayor investigación. El autor, que deja de lado factores sociales que operan asimismo en los fenómenos combatientes, es consciente de lo insatisfactorio de su esbozo consagrado exclusivamente a la corporeidad del combate, por su carácter ampliamente generalista (p. 318). Por ello demanda al lector, en un epílogo conclusivo sincero, conservar el espíritu investigador y de trabajo con el que él ha intentado (y logrado en cierta medida, a nuestro parecer), avanzar hacia una mejor inteligencia del hecho bélico.

En conclusión, convendría que la proposición investigadora de Stéphane Audoin-Rouzeau fuera tenida en cuenta como ejemplo de las posibilidades y dificultades que rodean la práctica de la antropología histórica de la guerra contemporánea. El historiador francés ofrece aquí unas coordenadas para la investigación dignas de ser consideradas en la historiografía española sobre la guerra civil de 1936-1939 (conflicto no extrañamente apenas abordado por el autor), ajena hasta el momento a similares iniciativas renovadoras. Dejando bien apisonado un terreno apenas abierto, si no sote rrado, por los científicos sociales del siglo XX, la obra de Audoin-Rouzeau facilita el despegue de una rama de la historia cultural, no exenta tampoco de aspectos criticables, que permita sobrevolar territorios incógnitos todavía para nuestras generaciones: la realidad histórica del combate moderno y de sus combatientes.

Ángel Alcalde Fernández  
Residencia de Estudiantes

---



## ***SE LLAMABA ELENA ARIZMENDI***

**GABRIELA CANO**

**MÉXICO D.F. TUSQUETS EDITORES, CENTENARIOS, 200 INDEPENDENCIA,  
100 REVOLUCIÓN. 2010, 259 PÁGS.**

Frente a la conmemoración de heroínas que asaltarán las páginas en la celebración del primer centenario de la Revolución Mexicana o del bicentenario de la Independencia del país, enaltecedoras de la idea de nación, la profesora e investigadora del Colegio de México, Gabriela Cano, opta en estas páginas por el acercamiento a un personaje femenino involucrado en la Revolución de comienzos del XX, Elena Arizmendi, con el afán de aproximación a su figura, en toda la complejidad que encierra.

Las mujeres, normalmente sometidas al dictado del discurso masculino, han pasado a la historia a través del matiz de esta particular mirada. Elena Arizmendi no fue menos y vinculada a la vida de un intelectual de la revolución como José Vasconcelos, pagó el peaje de ser retratada como la amante fatal, la Adriana que atormentaba la existencia amorosa del escritor y político. La biografía de Gabriela Cano tiene el enorme mérito de recuperar la vida de una mujer más allá de esta experiencia amorosa por la que fundamentalmente se la conoce, incluso poniendo en evidencia la superación vital tras el desengaño y la capacidad de reacción de esta mujer.

Con enormes dificultades para la localización de todo tipo de fuentes que hablen de ella, debido al pertinaz silencio que suele rodear la vida de las mujeres, por muy activas que éstas hayan sido, el rastreo “arqueológico”, tal como la autora describe su proceso de búsqueda de información, ampliado a través de la entrevista a los descendientes del personaje, cubre las lagunas epistolares y de otro tipo que rodean su figura.

Elena Irene Arizmendi Mejía (1884-1949), era la hija mayor de una familia acomodada dentro del período del porfiriato, donde el activismo político había estado muy presente en la vida de sus hombres, como era el caso del abuelo, Ignacio Mejía, militar compañero de Benito Juárez. Es quizás a partir de aquí que los asuntos políticos de su

país no la dejarán indiferente y desde muy joven manifestará su adhesión a la causa del presidente Francisco Madero. Su espíritu crítico e independiente, tras haberse formado como enfermera en Texas, se manifestaría en la decidida organización de la Cruz Blanca Neutral (1911), una organización asistencial para los heridos en la confrontación mexicana que no hiciera distingos según bandos enfrentados, acusación que recaía en la Cruz Roja que de este modo olvidaba el verdadero espíritu de la fundación original.

De esta época data su conocimiento y unión a José Vasconcelos, casado y con dos hijos. Rompiendo con el tabú del matrimonio canónico, Elena dejaba atrás un matrimonio fallido, con Francisco Carreto, con su sombra de malos tratos y un mal parto que tuvo sus consecuencias. La relación duró de forma intermitente hasta que por decisión de la propia Elena se produce la ruptura y posterior marcha a los EE.UU., contrayendo nuevo matrimonio en 1918. La visión de esta etapa en la investigación de la doctora Cano, lejos de plegarse a la imagen de abnegada y solicita amante, nos descubre a una Elena autónoma, que escribe y publica, viaja y se comporta como una mujer independiente, desempeñando un rol bastante alejado de la mujer doméstica en circulación.

Una vez en New York, en su “habitación propia”, emulando a Virginia Wolf, desarrollará su activismo feminista, siendo una enérgica representante del feminismo hispanoamericano. Entre 1922 y 1923 impulsaría la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, pudiendo haber tenido relación con la feminista española Carmen de Burgos, que por esas fechas también intensificaba su lucha sufragista, haciendo una primera petición a la Cámara en 1921. Elena, Indomable en su carácter y en sus convicciones, tendrá una posición que basculará entre sumar a las compatriotas mexicanas a la lucha feminista internacional, tratando de evitar, por otro lado, que quedase esta lucha subsumida en una suerte de nuevo colonialismo en favor del feminismo anglosajón. Postura que le trajo más de un problema en su relación con las compañeras mexicanas.

Elena Arizmendi, editora de la revista *Feminismo Internacional* y autora de la novela con visos autobiográficos *Vida Incompleta. Ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real* (1927), coetánea de otra gran insigne artista como fue Frida Kahlo, se nos presenta como una mujer muy poco convencional. Una luchadora por su espacio, lo que seguramente le llevó a las filas del feminismo. El mérito de esta biografía, no es solamente que amplíe la información que teníamos acerca de su vida, sino que, atravesada por el género, ofrece una visión más atenta al papel activo del personaje, que no se doblega a la visión pasiva circulante que tan solo la llega a retratar como apéndice de la vida de un insigne revolucionario mexicano.

Gloria Espigado Tocino  
Universidad de Cádiz

---